

## PUNTO DE VISTA: DOS PROBLEMAS DE LA CATEQUESIS ACTUAL

ALVARO GINEL VIELVA

La reflexión sobre la catequesis es una de las constantes de las iglesias en la actualidad. La historia de los cincuenta últimos años es una sucesión de corrientes catequísticas cada una de ellas con la preocupación de aportar nuevos elementos de respuesta a los vacíos que la crítica y la práctica señalaban en el movimiento anterior.

Desde la realidad española eclesial observamos con alegría cómo la catequesis va tomando cada día más centralidad en el hacer pastoral. Son muchos los que miden la vitalidad de las comunidades cristianas locales por el empeño catequístico que existe en sus planteamientos. Estamos a las puertas de poder decir: «Dime qué catequesis lleváis a cabo y os diré qué comunidad cristiana sois».

Junto a este movimiento del que damos somera referencia pensamos que es imprescindible hacer llamadas de atención y de profundización. En esta óptica me quiero situar ahora. Desde mi pequeño observatorio de encuentros con catequistas, de una escuela de catequistas de base y de un Instituto de Catequética de Madrid he recibido datos e información que ahora pretendo ordenar un poco bajo dos temas fundamentales: *la figura del catequista* y *la dimensión histórica en la catequesis*.

No pretendo una reflexión total. Me sitúo a nivel de «punto de vista» o de intercambio de pareceres. Lo que sí puedo decir es que estas dos dimensiones polarizan ahora mi atención y mi preocupación en el hacer catequístico.

### I. LA FIGURA DEL CATEQUISTA.

Quiero comenzar por una apreciación absolutamente personal: lo que hoy falta a la catequesis española son catequistas. Tenemos planes y tenemos instrumentos para la catequesis; tenemos niños en las parroquias que

invaden prácticamente todo; tenemos jóvenes que acuden, con frecuencia, en masa a las catequesis de confirmación. Pero no tenemos catequistas.

Al hacer esta afirmación ya sé que hay catequistas en las parroquias. Pero hoy quizás llamamos catequistas a cualquier persona que decide «apuntarse» para dar catequesis. Sé el miedo que invade a algunos párrocos cada comienzo de año para tener alguien al frente de los grupos de niños que se forman para la catequesis. Miedo que no sienten al pensar que los encargados de la catequesis son «no-catequistas». Hay muchas parroquias más preocupadas por tener número de niños y adolescentes que por formar a sus catequistas.

Quedo sorprendido al comparar la formación de un maestro para las etapas de la formación básica y la formación de un catequista. Los mismos niños que en la escuela tienen a un profesor con un título y unos años de formación, entre cuyas materias está la pedagogía y la psicología, en la iglesia, para la catequesis, encuentran a «gente de buena voluntad» cuya única preparación ha sido responder a la llamada que el encargado de la catequesis lanzó un día. Este hecho ya es significativo y deja a la Iglesia en una desventaja. Para ser maestro hay que tener título. Para ser catequista basta «decir que sí» y ponerse al frente de un grupo. Quizás esto explica un poco las retiradas de aquellos que han asistido a las escuelas de catequistas y ven que las cosas no son lo que en un principio pensaban. Cuando se les presentan las exigencias de ser catequista muchos dicen que «esto es muy difícil; yo pensaba que dar catequesis era una cosa sencilla».

### 1. Aspectos para una preocupación.

En las actividades con los catequistas suelo utilizar mucho grabaciones de catequesis dadas por los catequistas que asisten al curso o a las sesiones pensadas para catequistas. Ha sido sobre todo este material el que me ha hecho pensar. Cuando les oigo hablar a ellos me doy cuenta de sus preocupaciones. Pero cuando les oigo actuar en directo en esos documentos extraordinarios que aportan veo la otra cara de la realidad y me explico sus preocupaciones y preguntas y las preocupaciones y preguntas que nos tenemos que poner los demás.

— *La vocación de catequista.* Por aquí hay que empezar. La acción catequética es una vocación; no es una invitación simplemente para «solucionar» una papeleta al párroco que tiene muchos niños en la catequesis. Ser catequista es presentado más como una tarea a realizar que como una vocación en la comunidad. Y esto puede ser la explicación de actitudes que no llegan a madurar.

— *Catequesis tertulia.* Invitamos a los responsables de la catequesis a que se tomen el tiempo y la molestia de escuchar las catequesis que llevan

a cabo sus catequistas. Espero que sea un buen ejercicio y una fuente de meditación. Escuchar la media hora o la hora en que el grupo está con su catequista «haciendo la catequesis» me ha producido una gran impresión. Son esas «tertulias» lo que está formando al «nuevo creyente». Tertulias donde se habla de muchas cosas, donde se «mete» de vez en cuando a Dios para que no parezca demasiado profana la sesión, pero que en definitiva no se sabe muy bien qué hacer con Dios ni por dónde darle salida y sitio. El ambiente y el momento piden que se le nombre, aunque no se ve claramente qué puesto tiene en todo lo que se dice.

— *Catequesis abstractas-teóricas.* Me preguntaba por qué tenían los catequistas tanta urgencia de lo concreto. Quizás es porque ellos experimentan que su papel se reduce muchas veces a ser narradores abstractos de lo que saben. Y quizás no se les puede pedir más a unos creyentes que no han llegado a una síntesis y a una madurez entre fe-vida. Cuando ésta nos falta, la única salida es la de exponer lo que sabemos, lo que hemos oído, lo que nos ha aburrido de otros que lo hacían con nosotros, pero al fin es lo poco que nos queda y de ello tenemos que echar mano en las ocasiones. Si miramos, a las preparaciones de los catequistas muchas veces son «leer-entender» un tema. Si miramos a las facilidades de locales y demás que se ponen a disposición de los catequistas tendremos que decir que no hay más remedio que hacer así, como hacen: decir cosas y repetir las para que algo se quede en la memoria.

— *Catequesis impositivas.* Desde la inseguridad la solución más socorrida es la imposición. Cuando no se tienen explicaciones ni convicciones fuertes, ni vivencias, ni experiencia de comunidad la razón más clara es «es así porque sí», o sea, «es así aunque no te lo sé explicar».

— *Catequesis dualistas.* Queremos decir aquí unas catequesis que no han logrado una síntesis. Dios viene «al lado». Se dan unos hechos de la vida y después se habla de Dios. Dios no tiene lugar propio. Se habla de él pero de una manera dislocada y sin articulación. En muchos casos esta dualidad se manifiesta en una tendencia a exponer más lo que hay que hacer que la raíz de donde mana ese comportamiento propuesto. El creyente es educado como si tuviera dos vidas, dos realidades, dos historias que no logran nunca darse la mano y juntarse en un núcleo.

## 2. Consecuencias previsibles.

Hablamos de consecuencias previsibles porque no podemos afirmar que así son las cosas. No poseemos datos positivos para concluir que los aspectos expuestos anteriormente lleven necesariamente a las consecuencias que ahora apuntaremos. Sabemos que hoy la catequesis no es el único lugar de formación en la fe del creyente como tampoco lo es la familia y la escuela. Está la pequeña pantalla, los amigos, la calle, la lectura, el ambiente donde

se vive y crece que tienen su contribución no pequeña a la educación en la fe. Teniendo esto en cuenta nosotros queremos aventurar unas consecuencias previsibles en la formación en la fe de los niños y jóvenes que tienen catequistas a quienes les falta consistencia y formación.

— *El grupo de catequesis se convierte en un grupo de conocimiento.* Por doloroso que pueda parecer tenemos que prever que muchos grupos lleguen a darse como finalidad última el *estar bien juntos y conocerse*. El grupo se convierte en un «grupo de encuentro», pero no en un lugar donde se anuncia y se descubre a Jesús de Nazaret como Señor de la vida y de la muerte. A esta tentación contribuyen no poco algunos de los instrumentos que los catequistas tienen a la mano como material de catequesis. Parece que la psicología haya suplantado a la «expositio» y a la «exhortatio».

— *El grupo de catequesis deja de ser lugar de maduración en la fe.* Quizás porque se considera que el grupo es un instrumento para hacer mejor las cosas. Cuando se instrumentaliza al grupo éste ya deja de ser lo que realmente es: lugar de crecimiento y de maduración en la fe. El grupo no es un instrumento que sirve para algo. El grupo o es un lugar de vida donde es posible madurar y aprender a leer la vida —porque en él hay vida, porque él es vida— o no es nada. Al menos no es nada capaz de hacer, crecer y de aportar maduración al creyente. El animador que no ha vivido las etapas de un grupo difícilmente puede señalar al grupo que anima las etapas que está recorriendo y el sentido que éstas tienen. El animador que considera al grupo como una técnica o como un sistema que hace posible lo imposible (en pequeño grupo hay más orden y se guarda mejor la disciplina) está viciando el fondo mismo del grupo como lugar donde progresivamente se abre uno a la madurez en la fe.

— *El grupo de catequesis no se hace lugar de experiencia de la comunidad cristiana.* Conocemos grupos «maternales» donde la integración con el catequista ha sido tal que no es posible vivir con otro catequista. Tiene que ser siempre el mismo como condición para que el grupo no se deshaga. En algunos casos esto es gratificante para todos: «Con tal que los chicos no se marchen y sigan en grupo»; el catequista se siente también bien con los chicos y pagado con «el aprecio» que manifiestan por él en esa proposición que se le hace: «o tú o nadie». Ante posturas de estas, que no son nada más que índices de casos reales conocidos por los grupos de catequistas, nuestra perplejidad se concentra en una sospecha: ¿qué avance existe en el grupo? Cuando se habla por todas partes de «comunidad» y de catequesis *desde, en y para la comunidad* quisiéramos saber qué pedagogía de hacer creyentes de comunidad existe. Porque a lo mejor decimos unas palabras y ponemos en práctica una realidad diferente. A lo mejor estamos hablando de comunidad y estamos sometiendo a los grupos a unos impasses que les va a enseñar que es imposible hacer comunidad y todo porque el

grupo de catequesis se estancó en unos problemas de los que fue imposible salir. Y lo que sí es cierto es que sobre todo aprendemos lo que hacemos, nos cala el modelo que hemos vivido en la práctica mucho más que las palabras que acompañaban al modelo. En no pocas ocasiones palabras y modelo operativo práctico pueden estar en oposición.

### 3. *Sugerencias operativas.*

Ante una situación como la que hemos descrito proponemos dos acentuaciones operativas:

— *Ser catequista es una vocación.*

*Las convocatorias tienen que ser muy claras y a nuestro juicio tienen que superar la inmediatez.* Entendemos por esto que no se puede convocar para dar catequesis justamente cuando al inicio del curso tenemos a los niños apuntados para la catequesis. Es necesario que cunda el ejemplo de quienes convocan con un año de antelación a los catequistas y pasan un año en la escuela parroquial de catequistas formándose y asistiendo como «oyentes o como espectadores» a las catequesis que dan «los más ancianos de la comunidad de catequistas». Así se vive la dimensión teórica y la dimensión práctica.

Ser catequista no es un privilegio de los jóvenes. De ser privilegio, en el sentido de tener prioridad, la prioridad hay que concedérsela a los adultos. Quizás porque es la única salida que tenemos para los jóvenes que quieren hacer algo en la iglesia estamos admitiendo a catequistas que no tienen vocación de catequistas y que en uno, dos o tres años se han quedado y han dejado el hacer catequístico. Sean bienvenidos los jóvenes a la catequesis como catequistas. Tienen un sitio al lado de otros. Y como a todos hay que exigir un mínimo de experiencia de Dios y de Jesús vivida en comunidad, un nivel digno en las claves de la ciencia catequética para poder realizar con éxito el servicio de educación en la fe.

Aquí no tenemos más que recoger la constatación que la Comisión episcopal de Enseñanza y Catequesis hacía en el documento *Catequesis de la comunidad cristiana hoy*, programático para el trienio 1981-1984 al señalar en su n. 11: «la falta de madurez cristiana y eclesial de algunos catequistas». Nosotros hemos puesto esta deficiencia de la pastoral catequética como primera porque no nos hemos marcado como objetivo una visión global del problema. Las raíces de esa constatación quizás están en otra parte y sobre todo en la responsabilidad de los que presiden las comunidades cristianas.

En la línea de aportar testimonios traemos también lo que el Consejo Presbiteral de la Archidiócesis de Madrid escribía con motivo de la preparación de la Asamblea de Catequesis: «No carecemos de personas de buena voluntad para este trabajo. Sí escaseamos en personas capacitadas y no

podemos seguir apoyándonos sólo en la buena voluntad, que pudo ser imprescindible para empezar, pero no será nunca suficiente para tareas complejas en tiempos complejos como los que aparecen cada vez más en el horizonte».

— Señalar qué catequesis queremos.

Conocemos los estudios que sobre la catequesis han realizado las diócesis de la Región del Duero, Madrid y Barcelona. Otras diócesis tendrán también sus propios datos. Tenemos en las manos las líneas prioritarias señaladas por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis hasta el año 1984. Se impone un esfuerzo que oriente la formación de las catequistas para el tipo de catequesis que queremos. Dar catequesis es más que «hacer algo» en la Iglesia. Es hacer Iglesia. Dar catequesis no es un hecho aislado junto a otras acciones de pastoral. Pide una coordinación de acciones complementarias coherentes entre sí. Quizás no hemos superado planteamientos estrechos y reducidos que consideran la catequesis como una acción eclesial de cara a los niños y adolescentes. La catequesis es *un aspecto de un plan pastoral* que comprenda el servicio a la fe de los creyentes de todas las edades.

## II. LA DIMENSION DE HISTORIA EN LA CATEQUESIS

El segundo problema que queremos señalar en la catequesis actual entre nosotros es la *dimensión de historia*. No podemos olvidar que somos creyentes de un Dios que ha decidido entrar en la historia de los hombres y en ella se ha revelado.

Al hablar aquí de dimensión histórica de la catequesis queremos entender esa capacidad del creyente para leer la historia o para descubrir en la historia la salvación de nuestro Dios.

Ser creyente no es un hecho de naturaleza. Se llega a ser creyente. Se «deviene» creyente. Se es llamado a creer, a entrar en la perspectiva de un pueblo en el que Dios se ha revelado. Porque no nacemos creyentes, sino que nos hacemos creyentes, es preciso contar con un tiempo y con un proceso lento. La catequesis tiene que tener esto en cuenta. Una catequesis que pierda el objetivo de hacer al hombre capaz de reconocer en su historia la presencia de Dios no ha apuntado a lo esencial.

### 1. *Dar significado a lo que pasa.*

Cuando miramos a los grupos, cuando miramos las catequesis que se hacen advertimos una preocupación de enseñar y de explicar las cosas que

no se saben. Por lo menos las catequesis hacen cultura. Enseñan los porqués de muchas cosas. «Esto es así porque...», es una frase que podemos subrayar multitud de veces a lo largo de las grabaciones que hemos escuchado. En general estas «explicaciones» tienden a aclarar algo que no se entiende. Nosotros no criticamos esta función. Es necesaria y no puede faltar. Pero la consideramos insuficiente.

En la vida de los grupos pasan continuamente «historias»; en el grupo sucede continuamente algo. Y lo que aparece como tónica es que lo que pasa en el grupo no se lee, no se toca, no se dice. No leer, no tocar, no decir lo que acontece en el grupo es una manera de impedir la lectura de lo que pasa fuera del grupo. Lo sencillo, lo ordinario se hace insignificante e insignificativo. Otras veces lo que pasa queda vanalizado porque es reducido a la categoría de «noticia» sin descubrir la dimensión de profundidad que encierra dentro. Así, poco a poco, perdemos la oportunidad de que los hechos de todos los días sean historia de salvación. La vida ordinaria queda sin dimensión de profundidad. Y una de las tareas de la catequesis es hacer al hombre creyente en la vida ordinaria.

Hacer esta apreciación es decir que todavía no hemos salido de un memorismo abstracto aunque nos creamos lo contrario. La Conferencia Episcopal Italiana decía en 1970 al publicar el documento *Il rinnovamento della catechesi*: «La experiencia catequística moderna confirma aún que primero son los catequistas y después los catecismos» (n. 200). Muchos documentos que están en circulación entre los catequistas tienen una buena orientación. Pero en la práctica son mal utilizados porque falta, posiblemente, un adiestramiento por parte de los catequistas.

Nuestros análisis de situación no pasan de ser análisis como los que pueden hacer un sociólogo. Vemos los datos de la realidad, sacamos los porcentajes, hacemos correlaciones... Pero la proximidad a la realidad desde la perspectiva creyente tiene también una palabra que no está escrita en los libros de estadística ni en las afirmaciones de los sociólogos. La realidad para el creyente es todo eso y es más que eso: en su profundidad descubre que hay una palabra de Dios, una presencia de Vida Nueva que nace del Resucitado. En la realidad, en la única realidad de nuestra vida, porque sólo tenemos una vida, o está Dios presente o no somos creyentes.

## 2. *Abrir la historia a la gran historia.*

Un segundo elemento que queremos destacar en la actual catequesis es el *peligro de aislamiento*. La historia del grupo o la historia que está a nuestra vista y que podemos tocar con las manos nos queda desgajada de la gran historia de los creyentes. Llegamos a ser islas en medio del tiempo y del espacio. La dimensión de *continuidad* y de *referencia* al grupo creyente, al pueblo elegido, a la Iglesia en marcha se pierde. Es necesario descubrir

la relación que hay entre nosotros y los hombres que delante de nosotros han creído.

Cuando se ha llegado al sentido de la historia no nos será difícil descubrir que, aunque las situaciones sean diferentes, lo que se pone en juego en los hechos históricos es siempre el destino final del hombre. La salida de Egipto leída por el pueblo hebreo en unos hechos determinados puede ser leída por el grupo en otros hechos, pero, al fin y al cabo, lo importante será sentirse en comunión con el destino y con el andar de los que creyeron. Es necesario llegar a decir: «También a nosotros nos pasan en estos hechos los hechos salvadores que vivió Israel y que vivieron los testigos de Jesús». Dar este paso es lo que nosotros llamamos romper el aislamiento.

Nosotros no tenemos ni más facilidades ni más dificultades que las anteriores creyentes para descubrir a Dios en la historia. En esta tarea de descubrimiento y de relación con otros creyentes el catequista tiene un puesto de primordial importancia. La vida del grupo viene siempre de la apertura. En la medida que el grupo se repliegue en sus fronteras, en esa medida está poniendo límites a la vida.

### 3. Sugerencias operativas.

Devolver la dimensión histórica a nuestra catequesis, sacarla de la noción y darle temporalidad es un trabajo que nos pide empeño. Apuntamos aquí algunas notas que nos parecen más destacables:

— *Ayudar a descubrir la profundidad de la vida cotidiana.* Lo primero de todo es ayudar a descubrir lo que pasa en el grupo mismo. El poder del creyente está en ser capaz de interpretar unos sucesos en apariencia neutros como acontecimientos salvadores. En todo lo que «adviene» el creyente se sabe acompañado por Dios y nunca «dejado de la mano de Dios». El creyente es el que hace de su historia personal, de su vida diaria una oportunidad para el encuentro con el Dios de la historia. Comprender lo que pasa para vivirlo de manera creyente pide una pedagogía que tenga en cuenta este objetivo final: la densidad de la vida en sus más mínimos detalles. Son muchas veces los detalles, las palabras perdidas, los gestos que decimos que el otro ni se dio cuenta los que se convierten en palabras «fuertes», «salvadoras» para nosotros. Más de una vez hemos dicho o escuchado: «Tú no te acordarás, pero ya no puedo olvidar aquella palabra... aquel gesto...».

— *Hablar de la vida y de la historia personal.* Contar lo que nos pasa no es evasión o pérdida de tiempo. No podemos pedir a los adolescentes que descubran en su vida señales de interrogación y presencia de Dios si no les hemos iniciado en este camino. Por lo general cuando hablan de sus vidas lo hacen en un sentido que podemos llamar horizontal o superficial: cuentan las «aventuras» como quien describe una película sin más. Se sor-



prenden cuando alguna vez se les dice: «Repíte eso, que me parece que está lleno de significado». Les parece imposible que su vida tenga significado profundo. Hablar de la historia personal, narrar los hechos de la propia vida es ponerse en camino hacia la significación y hacia una lectura más enraizada en el sentido de la vida.

Hemos observado también entre los jóvenes que no saben narrar lo que les pasa. Y no saben precisamente porque «no descubren que les pasan cosas». El evangelio es una narración: unos creyentes que han descubierto en su vida que ha acontecido algo. No ser capaces de narrar es un síntoma de que no se vive con intensidad la vida. Narrar es decir a los demás algo que nos ha ocurrido y en lo cual se juega nuestro destino. Eso que narramos lo narramos porque tiene sitio dentro de nuestra historia y porque ahí hay sentido.

— *La dimensión comunitaria de la historia.* La perspectiva en la que nosotros nos situamos es imposible sin la dimensión comunitaria, sin el grupo. Veíamos más arriba cómo algunos grupos se contentaban con el hecho de «conocerse y estar juntos». Aquí la tarea que le damos es mucho más importante. Se trata de *reconocerse y apoyarse para reconocer la fuerza oculta del que vive para siempre en la historia de la humanidad.* El grupo, como lo define Bagot, es un microcosmos simbólico del vasto mundo y de sus problemas.

En el grupo el educador-animador es un miembro del grupo. Para esto tiene que aceptar vivir la aventura del grupo, pero no es un miembro más, no es un miembro como los demás. Es preciso aceptar la diferencia. Sólo en la diferencia está el diálogo y la confrontación. La manera de comprender lo que ocurre en el grupo es diferente. El animador tiene que compartir e intercambiar su lectura del grupo. Esto llevará a transformar la visión de las cosas, a descubrir unos puntos de vista que no se tenían al comienzo, a madurar en la comprensión de los demás y de la historia misma del grupo y personal «entendiéndola» desde dentro cada vez con más profundidad y coherencia, con menos dispersión y con más continuidad y comunión con otros hombres.

— *Una perspectiva de itinerario de fe.* Entre nosotros hoy se habla mucho de «itinerario de fe» o de «plan catecumenal». Toda catequesis nos parece que tiene que estar inscrita dentro de un plan catecumenal. Con estas palabras la sensibilidad catequística actual está indicando unas lagunas que advierte en el proceso de catequización y un intento de búsqueda para salvar los fallos. En el itinerario de fe se quiere cuidar una serie de elementos: la continuidad, la progresión, la participación, la radical experiencia, la síntesis gradual, la flexibilidad. El hombre del siglo veinte vive una situación de ruptura. Se amontonan las cosas en su vida sin tiempo material para poder conexionar lo que está pasando. Ocurren más cosas que las que pode-

mos digerir. Esto hace que vivamos una situación de ruptura o de dispersión. En el proceso de maduración de la persona en la fe buscamos una pedagogía que tenga en cuenta esa situación real en que vivimos. El llamado itinerario de fe, que mira al catecumenado de la primitiva iglesia y toma de él algunos elementos, es una aproximación a la maduración de la persona como resultado de un crecimiento humano iluminado por la fe de tal modo que la experiencia humana y la fe se una en un todo común y simultáneo, en un proyecto de vida unificado.

#### CONCLUSION.

Después de señalar los dos problemas de la catequesis que yo conozco y que me parecen problemas olvidados, sobre todo el segundo, quisiera lanzar un grito de esperanza. He intentado acentuar las tintas en los aspectos negativos para destacar más el problema. Quedan silenciados los esfuerzos de grupos minoritarios en la iglesia que trabajan por la formación de catequistas de manera seria y sistemática. Estos ensayos y estos ejemplos son los que más futuro ofrecen, entre otras cosas porque esperamos que pronto aparezcan ante los demás como oferta y como camino ya pisado que dé seguridad y pistas a los demás para marchar hacia una mayor profundización.

Es más fácil criticar lo que existe que ofrecer alternativas de solución. Si en nuestra reflexión hemos apuntado algunas sugerencias quedan todavía los caminos concretos por recorrer. Pero nadie negará que la catequesis es hoy en nuestra Iglesia, a pesar de las deficiencias, uno de los síntomas de más vitalidad y de más empeño de energías. Esta es la mejor promesa de un futuro para nuestra Iglesia del mañana.